

El Sudor del Obrero

Organo de las Sociedades Obreras y de la Coalición Republicana Socialista

SE PUBLICA 3 VECES AL MES

GRATIS A LOS SOCIOS

Redacción y Administración:

J. NAVARRETE, NÚMERO 44

No se devuelven los originales.

¡Angelito!... á Rafael Mora

Siento tener que dirijirme á usted sin llamarle padre, ni aun siquiera don Rafael, porque cuando los hombres se hacen indignos por sus actos, de que se les trate con el respeto y las consideraciones debidas, hay que renunciar á todo tratamiento y prescindir de los respetos que, aun siendo enemigos, merece el que como usted viste el hábito que simboliza la Iglesia de Cristo.

No crea usted que al escribir mi artículo, me hice la ilusión de que había de quedar sin contestación: antes al contrario, la esperaba, y porque la esperaba salí á la calle en busca de su «Eco». tan pronto como creí que estaría dándose al público; pero lo que no pude pensar jamás es, que un ministro de Cristo, un representante en la tierra de aquel hombre que dió su sangre generosa por salvar á los *enemigos de su doctrina*, pudiera contestar en la forma puerca y grosera en que usted lo hace, indigna por todos conceptos, de un hombre que tiene el deber de subir á la cátedra sagrada á predicar la bondad, la mansedumbre y la humildad de aquel mártir, que si hubiera sabido que iba á existir en el mundo un P. Mora, hubiera dejado que el mundo ardiera en llamas vivas por si pudieran alcanzar á usted los chispazos.

Si esa contestación la hubiera dado uno de esos muchos que á diario se arrastran por las iglesias, sin perjuicio de negar una cantidad á cualquiera que se la hubiere entregado para fomentar su negocio, ó prestan diez duros para que le paguen quince en el transcurso de dos meses, tendría su explicación; pero en usted, en usted nunca; el cura que de tal manera se conduce, no puede serle útil á su religión, á la sociedad donde vive, ni proteger á ningún «Lorenzo» por Lorenzo que sea.

Cuando leí su «Cháchara», base principal de esta polémica, ignoraba que fuese usted su autor; pero me lo figuraba y por eso me dirigi á usted.

Pero, ¿en qué forma, señor Mora? ¿Usted ha visto que mi artículo «Pobre Lorenzo», tratara algo más que los puntos que usted señalaba en su «Cháchara»?

¿Puede usted negarme que su «Cháchara» era un ataque á nuestros ideales, donde se trataba injustamente á los socialistas, haciéndolos aparecer como vividores y explotadores de los suyos?

Si esto indiscutiblemente es así, ¿cómo no había yo ú otro cualquiera de mis compañeros, salir á la defensa de nuestros ideales, exponiendo las razones que usted no ha querido ó no ha sabido contestar?

Esto sería lo noble, lo caballeresco; pero veo que de nobleza y caballeridad no tiene usted la menor noción, y un cura que como usted carece en absoluto de estas dos cualidades, es un cura que deshonor á su iglesia y por lo tanto indigno de vestir el hábito talar.

Yo he entendido siempre que la misión de los representantes de Cristo en la tierra es predicar con el ejemplo, y cuando se trata de seres que como yo, se constituyen en enemigos de la Iglesia, porque ésta no responde á los fines para que fué creada, la misión del cura debe de ser digna, honrada, sin apasionamiento; contestando á la soberbia, con la humildad; á la calumnia, con el perdón; parodiando así la hermosa frase del divino Maestro, que dice:

—¡Padre mío perdónalos, que no saben lo que se hacen!

Por eso el pueblo ha perdido la fé en nosotros, porque lejos de imitarle lo escarnecéis con vuestra conducta, porque en vez de propalar sus doctrinas, habeis hecho de ella un negocio donde la religión se vende como otra cualquiera mercancía.

Jesucristo bautizó á San Juan Bautista sin interés alguno, y vosotros sus representantes en la tierra, no administráis el sacramento si no os lo pagan.

Vosotros sostenéis que el matrimonio civil es un concubinato legal, por no estar santificado por la Iglesia; pero no os importa que se condenen, porque la Iglesia no casa si no le pagan.

Vosotros recomendáis el sacramento de la confirmación, y aunque no exigís dinero indirectamente, hay que darlo, porque de antemano se coloca la batea donde se depositan las limosnas con algún *fin piadoso*.

Vosotros no subís á la cátedra sagrada si no os lo pagan; y buena prueba de ello es, que hasta para hacer pro-

paganda de fé á la Patrona, hay que pagar al cura encargado de hacerla.

¿Y sois vosotros los que os atreveis á llamar vividores á los socialistas?

Tenga usted entendido señor Mora, que *yó*, *leader* de la jarca socialista de esta ciudad, cabecilla de la partida de la porra y de los garrotes, el ayer sombrero y hoy ministro de Baco en uno de sus templos, vulgo taberna, y futuro redentor de la marinería, según usted me llama no ha explotado jamás sus ideales para satisfacer las necesidades del estómago, por cuanto me he negado siempre á desempeñar cargo alguno donde se manejan intereses.

Y me he negado á desempeñar esos cargos, no por falta de confianza en mí mismo, sino porque habiendo sido durante mucho tiempo mi situación económica poco menos que desesperada, me hubiese visto alguna que otra vez obligado á disponer de lo que no me pertenecía, para llevar pan á mis hijos, y acaso algunos de mis compañeros hubiesen dudado de si su dinero había sido empleado en pan ó en vicios.

No me llamó tampoco director, ni colaborador de EL SUDOR DEL OBRERO, porque sería ridículo en mí alardear de ese título, y si bien entre nosotros existe un compañero dispuesto á representar al periódico en cuantos actos sea requerido por la ley, no por eso nos llamamos directores ni redactores, y en lo que á mí respecta, puedo probarle que no he sido ni aun siquiera administrador del mismo.

Además, todos los que en la actualidad confeccionamos nuestra modesta publicación, contribuimos á su sostenimiento con un real y dos reales semanales; y debido á este sacrificio pecuniario, unido á la protección que nos dispensan nuestros afines, no tenemos necesidad de *mendigar anuncios* con que ayudar á su sostenimiento como le ocurre á su *Eco*, apesar de haber acordado su publicación los carcas ricos de la localidad, con lo cual demostrais que sois incapaces de imponeros el menor sacrificio cuando hay que tocar al bolsillo.

Sin embargo, usted que siente *calor* al llamar Director, redactor ó lo que sea de EL SUDOR, á un obrero que tuvo necesidad de abandonar la escuela á

los diez años escasos para ayudar á sus padres á sostener la lucha por la existencia, no siente *la menor temperatura* por las *calabazas* recibidas por los abusos del colegio que tan pésimamente dirige, y que constituye motivo suficiente en el hombre que siente *calor* y (nosotros llamamos vergüenza) para desistir de una empresa donde solo salen *pimpeados* los padres de los niños que confiados en vuestro *saber* y vuestro talento, no han conseguido más sino que sus hijos pierdan lastimosamente el tiempo.

Dice el señor Mora que yo llevaba un tranco descomunal el día en que intentaron él y los suyos de sacar el rosario. Pero, ¿es, señor Mora que usted tiene derecho á sacar un revólver en la vía pública y yo simple seglar, no puedo utilizar un tranco?

Y esto del revólver están dispuestos á probárselo á usted, dónde, cuando y como quiera, testigos presenciales del hecho, y es más, no solo están dispuestos á probárselo, sino á declarar la persona que ordenó que no le cachearan á usted.

Y ahora voy á aclarar un punto que constituye para mí la nota saliente de su escrito, para que el pueblo, ese pueblo que no oye misa ni profesa ideales socialistas, le juzgue á usted y á mí, por más que á usted le tienen juzgado hace tiempo.

Cuando fuí encarcelado por un artículo que titulé «Hace falta la sangre», y como si fuera un consumado criminal, me tuvieron en el patio del penitenciario establecimiento hasta que alguien que tenía amistad con el Director consiguió que me pusieran habitación aparte, mi pobre madre le escribió al autor de mis días, que como en la actualidad se encontraba en Madrid á las órdenes del senador aludido, para que éste interpusiera su influencia en favor de mi libertad.

En este intermedio recibía constantemente la visita de dos hombres que se interesaban por mí tanto como pudo hacerlo mi padre, y que no descansaron hasta no encontrar fiador que garantizara mi libertad.

A los cuatro días de prisión, se me ofrecieron dos hombres dispuestos á garantizarme; estos dos hombres se llaman José Ramírez y Santiago Reinado, á quien nunca pagaré la gratitud que les debo, y si no salí en el mismo día, fué debido á que habían transcurrido las horas hábiles en el Juzgado, por cuya razón salí al día siguiente en que el señor Juez decretó mi libertad sin aceptar la fianza de los señores citados.

¿Fué el padre Mora quien se interesó por mí, por mandato expreso del señor senador? No lo sé; lo que únicamente puedo asegurar es, que ni mis compa-

ñeros ni ningunos de mi familia, se ocupó del señor Mora para nada, y si el señor Mora lo hizo por indicación de la personalidad aludida, en ese caso á quien debo agradecimiento será al referido senador, y no al señor Mora, que en este caso no ha sido más que un mandatario por la cuenta que le tiene.

Además, el verdadero ministro de Cristo debe estar siempre propicio á favorecer á todo aquel que sufra persecuciones; pero sin decirlo jamás, sin hacer alardes de su obra.

Y con respecto á que mi padre le come el pan á su amigo y protector de usted, le advierto, que mi buen padre, ese hombre casi anciano, que con tanta resignación soporta el estar alejado de su familia y más que nada, de los dos nietecitos que aunque ausentes los lleva siempre en su corazón, no le come nada á su amigo de usted, antes al contrario, debido á su honradez le resulta á vuestro amigo un poco más lucrativo su negocio.

¿Va usted á tomar represalias con él?; tómela en buen hora, yo la espero; no otra cosa puede esperarse de los que visten sotana y se imponen con revólver en mano ó esgrimen bastones para defenderse de los vagabundos.

Y concluyo, señor Mora, haciéndole presente, que esos primos á quienes usted alude, no llegarán nunca á tíos porque eso de tíos, es patrimonio vuestro y el báculo con que usted pudiera ahuyentarme, no ha podido cortarlo porque aun no ha nacido el árbol.

Conque hasta el próximo número, Rafaelito, y mientras tanto no se ocupe de lo que no tiene enmienda y atienda como el boticario de la «Verbena de la Paloma», de su *morena* y de su *rubia*, que valen la pena de mirar por ellas.

ANGEL MARTÍNEZ.

Epílogo de una revolución

Una de las más gloriosas fechas que el partido internacional republicano ha conquistado y quedará seguramente grabado en las páginas de oro de la Historia universal, ha sido sin duda los últimos acontecimientos políticos portugueses, sustituyendo la odiosa monarquía lusitana en régimen liberal lícito y fraternizable.

Las calles de Lisboa se cubrieron en pocos minutos de miles de ciudadanos que pugnaban por el grandioso lema de Libertad y Justicia y que hacia tiempo esperaban con paciencia sublime, deseando llegara la hora de la redención.

El que estuviera en los secretos políticos del vecino reino, no ha debido sorprenderle los actos de los bravos portugueses; Joao Franco empezó á dar la batalla cobarde y traicioneramente contra aquellos que hoy consolidan el gobierno provisional; de esa persecución y á la sombra de las víctimas del infame verdugo del pueblo y quizás indirectamente del régimen, surgió el atentado contra D. Carlos I y el Príncipe de la Corona; su tiranía y cobarde voz fué

sumergida en las cloacas de las inmundicias clericales y huye hasta de la misma monarquía, que lo desdeña; en estos momentos de angustia para el pueblo y quedando el trono portugués á D. Manuel II, ex-rey hoy, aún Portugal soportaba otra dictadura, ya que aquél de que antes hemos hablado desapareció de la política portuguesa; ésta es doña Amelia, madre del rey; las persecuciones eran aún mayores, y el vaso de acibar venenoso se llenaba por momentos y sucedió lo que era lógico, la reunión de los principales jefes de la revolución y ésta estalló el 5 de Octubre último, coronando los deseos del pueblo la corona de laurel, simbolo de la victoria.

Los periódicos extranjeros se preguntan qué efecto puede producir en España la implantación tan honrada de la República en el reino lusitano.

La verdad sea dicha, es en extremo crítica la situación del pueblo español; por radical, está entre dos repúblicas progresivas y civilizadoras; aunque á mi, humilde cronista, me parece que pasada la primera ráfaga de alegría, Portugal seguirá con su política republicana y nosotros trabajaremos en pró de la nuestra.

La única desventaja que para nosotros ha tenido el movimiento y su triunfo, es que expulsadas las órdenes religiosas, todos emigran para esta abatida por ellos España.

Conviene que los gobernantes españoles aprueben lo más pronto posible la ley del candado, para que España no guarde en su seno á aquellos hijos de la Compañía de Jesús que desde el convento Quelhas arrojaban bombas de dinamita y fuego constante contra el ejército y los héroes triunfantes de la revolución.

En la revolución portuguesa ha habido y aún quedan rastros de un fenómeno digno de estudio y es el que antes cito; en este punto hay que parar nuestra imaginación; bajemos por la pasada revolución de Julio en Barcelona ¿No pudieran ellos mismos ser los que por espacio de años vienen azotando con sus explosiones á la ciudad condal, dada la circunstancia de haberse encontrado en algunos conventos lisbonenses aparatos para la fabricación de bombas?

Esto lo prueba el notable periodista Ricardo Fuente en el periódico madrileño *El Radical*; dice en un párrafo de su notable información:

«En una dependencia del convento Quelhas tienen ó tenían establecido un laboratorio de farmacia, montado con toda esplendidez y donde se han encontrado líquidos para la fabricación de toda clase de maquinarias explosivas».

¿No podrán esto hacerlo en Barcelona, donde tienen á su lado los leones de la Defensa social?

Dejemos estas consideraciones y pasemos á dedicar un óbolo de admiración para aquellos bravos caudillos, que así como Benito XII fué el pontífice que agregó una nueva corona á la tiara pontificia, los republicanos portugueses han agregado una de laurel, simbolo de la victoria, como antes digo, del republicanismo internacional.

Y ahora nuestra mayor admiración, nuestra mayor gratitud, nuestro mayor agradecimiento debe ser para aquellos que, olvidándose de sus deberes de padres, de hijos y de esposos, acudían solícitos á defender la libertad y la patria portuguesa.

¡Loor! á aquellos que sucumbieron en los holocaustos de la libertad!

¡Loor y gloria para aquellos que derramaron su sangre en pró de un régimen grande y generoso!

¡Loor para aquellos que no pudieron saborear el rico néctar de la Justicia y la Fraternidad, porque la muerte les sorprendió en la defensa de ésta; al pueblo portugués por la página agregada al progreso en el siglo XX y que ocupará de fijo el primer lugar, y á los que desnudaron la hermosa espada de la Libertad é hicieron huir al clericalismo y á la ignorancia.

C. R. Q.

ELLOS Y NOSOTROS

Es inútil, perfectamente inútil, que, tomando la religión por pretexto, se alborote el cotarro. Todos sabemos á qué atenernos y damos á las cosas el valor que tienen.

La lógica, la terrible é implacable lógica, llega, aunque tardamente, á todas partes... Mejor dicho, cuando huye de las mansiones doradas, se refugia en las humildes cabañas (valga la relumbrona figura).

No convencen á nadie ya esos señores que vociferan, se agitan, protestan y se vuelven locos para reunir el disperso rebaño. Ellos lo espantaron con su dureza de alma, con su egoísmo sin límites, con su obcecada soberbia.

Nadie minó la fe con más encarnizamiento que los que se proclamaron sus defensores y mantenedores. Cerraron su corazón á la piedad, su alma á la justicia, sus ojos al dolor, sus oídos al lamento.

Se vistieron de seda, y, ostentosos, pasearon sus galas ante el desnudo. Se entregaron á la gula en presencia del hambriento, gozaron en los festines cuando las quejas del mísero no hallaban eco...

En el peligro se escondieron, en el reparto estuvieron prestos; desdeñaron á la viuda y al huérfano, mientras festejaron al gran señor.

—¡Piedad, piedad!—gritaron durante siglos millones de parias.

—¡Justicia, justicia!—dicen al presente los hombres redimidos. Torrentes de lágrimas y sangre han purificado la tierra, y entre las sombras vencidas, el astro de luz ha surgido radiante...

Ya no se mendiga la vida como presente inmerecido. Se toma como un derecho, y el labriego afirma sobre el terruño su planta poderosa, reclamando la parte de fruto que le corresponde por luchar con el sol cuando abrasa, con el cierzo cuando corta, con el hielo cuando punza con sus miles agujas, con la lluvia inclemente...

Y en la mina, el obrero, mientras empuja la vagoneta, piensa; mientras maneja el pico, reflexiona... En su pobre alma, obscura, habla algo que empezó por ser instinto y acabó siendo razón.

En su andamio, el albañil aprendió á mirar sereno la muerte... Mil veces se dijo que mejor era arrojarse al vacío, estrellarse, que ir al tugurio, día tras día, siempre encontrando tristezas, ¡tristezas siempre!

—¡Llorad, llorad!—decían los dichosos; ya obtendréis vuestra recompensa... ¡Tuvieron razón! Tanto lloraron los humildes, que del llanto de todos se formó el ambiente de espe-

ranza, y esa esperanza va siendo realidad. Al cielo se alzan las frentes erigidas, nobles, demandando ciencia, equidad.

¡Desatentados! ¡Rebeldes! Ellos, ellos son los rebeldes á su conciencia acusadora. Ellos los ciegos, los soberbios, los sepulcros blanqueados, los hipócritas sin fe. Los que desoyeron esa voz magestuosa, que dice: «amarás á tu prójimo como á tí mismo, no gozarás mientras él sufre».

Inclinad la cabeza, torpes engañadores. Vuestra dureza ha sido tanta, que las entrañas de la tierra se han conmovido con el eco de infinitas súplicas... y el tiempo, adelantando su potente mano, ha dicho: «¡basta!»

Basta, sí, de mentiras, de ficción, de lucha encubierta y falaz; ¡los esclavos de ayer son hombres libres!

VIOLETA.

Éxodo de un naufrago⁽¹⁾

III

Quedamos que nuestro hombre halló ocupación, buscada por algunos paisanos; y con efecto, el taller á donde fué á dar con sus huesos fué (y sigue siendo) el de don Ricardo Barea, taller muy popular por huelgas habidas en ocasiones.

La casa de tonelería de este respetable señor, bien se puede decir que es una de las más importantes en esta perla, por tratarse de un industrial que tiene en gran desarrollo el negocio de aceitunas. Yo no conozco la persona del señor Barea; pero si es muy conocida por el mucho *parné* que *avillela* (no sé si está bien escrito este verbo) y por su psicología. Yo puedo decir de ella, por lo que le he oído á chicos y medianos, categorías sociales éstas con quienes me relaciono, que su figura es seca y está en consonancia con su «capital seco»; que su voz es muy parecida á la que usan muchos misóginos y que su formalidad hay que amarrarla en corto, como se hace con algunos híbridos de malas condiciones. En fin, un señor muy respetable, *tres respectable; very respectable; pero también rien d' amable; nothing of generous.*

El trabajo de tonelero, hoy que la exportación de aceitunas se hace en grande escala, ha necesitado de hombres conocedores del oficio y, si bien aquí el trabajo difiere en algo á los de Jerez y el Puerto por ser el material de los envases de madera de castaño, muy inferior á la de roble ó haya, y por lo que se necesitan de otros *filos* para la confección de las vasijas, sin embargo, dado el convencimiento y la inteligencia de los toneleros de que me ocupa, puede decirse, que bien pronto coge el *encabaje* de las dificultades del castaño y lleguen los toneleros de los pueblos citados á hacerse necesarios.

Que el *Lolo* fué uno de los que con conoci-

(Véase los números 135 y 136.)

mientos del oficio cumplía con su obligación lo demuestra el jornal que sacaba para la *lancha* y el suyo, que oscilaba de seis á siete pesetas diarias; pues sabido es que el sistema en estos talleres, en los oficiales, es el de por cuenta, sistema que no debía prevalecer por ir en perjuicio del obrero que lo hace, por su desgaste físico, como por no dar ocupación á otros brazos que sobrantes en el mercado dan lugar á la competencia.

Antes de pasar á exponer el hecho que motiva estos trabajos, debo decir que el abandono por parte de los maestros y patronos en poner en condiciones todos los accesorios relacionados con las faenas del trabajo, acarrear perjuicios para los obreros y dueños, como se puede ver por lo siguiente:

El *arruñado* de una vasija se ejerce sobre un bajete fijo; esto es, palos en forma de V clavados en el suelo, con su estaca que sirve de aguante, y de aquí, el que no resbale el bocoy ó tonel y tengan poco movimiento. Esto que se observa en Jerez y el Puerto para la faena citada, aquí lo he visto yo hacer sobre dos tinas y sin la estaca que sirva de aguante, y, nada más natural que á los hachazos que se dan para hacer la tiesta del bocoy éste tenga movimiento y, en uno de éstos, al dar un golpe, se reciba en la pierna en vez de darlo en la madera, por resbalarse la vasija.

Esto no quiere decir que con el accesorio en condiciones es libre el obrero de algún accidente, por cuanto se trata de una de las faenas de más compromiso para el tonelero; pero va mucha diferencia de *arruñar* sobre bajete fijo, que no hacerlo sobre uno *portátil* y nada seguro.

En esta faena se hallaba nuestro naufrago, y con bajete nada estable, cuando uno de los golpes vino la azuela, herramienta grande y muy cortante, á dar en la rodilla izquierda, quedando inutilizado para continuar el trabajo, y por consecuencia un accidente que se ha hecho célebre por tanto como ha dado que trabajar para cojer la indemnización, y, que exponemos otro día.

ANASTASIO.

Sevilla, 24-9-10

Lo que diría el Maestro á ese Cura

Acércate á mí Rafael, cerebro atrofiado en las vanidades del mundo; puedo interrogarte y aconsejarte á pesar de ser más joven que tú; no eres el llamado á aconsejar al prójimo; te conozco y veo necesitas mi acusación y mis consejos; escucha: llamaste jarca á ese grupo de trabajadores; les ha calificado de kábilas; has tenido ese atrevimiento para ofenderles, quizás creyéndote que me odian, cuando en el fondo de su corazón me aman como aman á todos los sacrificados por el bien de la humanidad; no se han ofendido cuando les apostrofaste llamándole moros, porque los socialistas aman á todos los hombres

sin distinción de religión ni raza; piensan como yo, en que todos los hombres somos hermanos; su ideal es tan hermoso y grande, que una vez realizada y establecida en la tierra la verdadera armonía de igualdad y fraternidad humana, mirarán hacia lo más alto; esto, á pesar de toda tu filosofía, no te cabe en la cabeza, pero tendrá que ser así.

Aparte de lo dicho, ¿porqué los llama partida de la porra?, cuando tú con ese báculo parece que perteneces á ella; y si no, dímes: ¿para qué lo usas? ¿Pretendes acaso ó te haces la ilusión de llegar á ser patriarca? Si esto fuera, no lo conseguirás; estás muy distanciado de ocupar tan elevado puesto; careces de dotes para ello, y resultaría por lo tanto una enorme ambición; ¿lo llevas para servir de apoyo á tu enflaquecido ó dolorido cuerpo? No; por hallarte robusto y en buenas condiciones físicas; ¿lo tienes para ahuyentar á los perros cuando vas al campo á socorrer á pobres caminantes? No, porque no practicas esta caridad; luego lo usas como ostentación de fuerza: es un alarde de valentía; sabiendo tú que me gustan los hombres humildes, careces también de esta virtud, pues te aconsejo cedas el báculo á uno de esos que á tu paso salen agarrados á la pared inválidos del trabajo, de dorso encorvado, que por espacio de medio siglo hirieron el terruño para que después comieses tú holgadamente el pan.

Por otra parte: ¿dónde está tu generosidad? Todo cuanto malgastas en perfumes y otras cosas supérfluas, ¿porqué no lo dás en pan á los pobres? Tú ves como no tienes esta caridad cristiana, y buena prueba de ello es, que fumas como un desesperado y muerdes la boquilla del cigarrillo igualándote al vicioso y empedernido calavera; todo eso que en detalles de lujo y vicio derrochas, suponen muchas pesetas al año, que invertidas en ropa y calzado para los niños descalzos y harapientos sería la mejor obra; sí, para esos seres pequeños que muchas veces se arrinconan en los portales de las casas, huyendo de los acicates del frío. ¡Oh, cuánta alma despiadada permite se halle en el mayor de los desprecios lo que yo tanto adoro! Tú eres más pecador que otros hombres, pues el hábito que ostentas de religioso, dice muy mal con tu modo de proceder, y como conclusión te digo: no aconsejes á nadie sea bueno, hasta que tú no lo seas, pues la caridad bien entendida empieza por uno mismo. Entérate cómo era y como procedía el padre García, modelo de virtud cristiana é imitabile para que así pueda respetarte la *jarca socialista*.

UN OBRERO.

¡Oh, el cólera!

Ahora, cuando en naciones vecinas aparece el terrible huésped, el Gobierno, como es natural, ocúpase en tomar precauciones para rechazarle, caso que intentase penetrar por nuestras fronteras ó puertos.

Esas precauciones nos agradan, pero estamos seguros que serían insuficientes si el tal huésped quisiera entrar. El estado antihigiénico en que se hallan los pueblos de España, sería el mejor salvoconducto del terrible viajero; pero es lo peor, que hay quienes crean ó confíen que tales medidas son lo muy bastante para evitar que dicho mal cause en el presente los estragos que hizo en pretéritos tiempos.

Los devotos de Santa Bárbara rezan cuando truena; antes no: todo al olvido, y esto ocurre en este desdichado país cuando el mal se avecina; entonces las precauciones y las medidas sanitarias en vigor, sin tener en cuenta que al penetrar en este territorio la menor partícula del virus asiático, ruso ó el que fuese, tendría adecuado alojamiento en ciudades y aldeas entregadas al abandono por los gobiernos.

En millares de hogares donde la miseria tiene representación genuina, en todas las estaciones del año haría horrible mella; hogares que, muy lejos de serlos, podríamos llamarle suelo inmundo, infectados de inmundicias, donde habitan pobres familias y que ni la piedad se hizo para ellas; sitio, en fin, que como principal factor de todas las miserias, es activo propagandista que á todas las clases sociales alcanza.

Y por otra parte, citaremos, teniendo la realidad de nuestro lado, la falta de alcantarillado que hay en España—empezando por nuestros barrios extremos,—y que los encargados de la administración pública, con supina astucia, consignan en los presupuestos cantidades á veces fabulosas para fiestas ú otras tonterías simplemente agradables, no siendo esto práctico ni beneficioso para una sociedad que tanto necesita, dejando en la mayor indiferencia lo que es esencialmente importante; se consignan también sueldos para cierta clase de gente vaga, que para nada útil sirve, siendo por tanto sangría continua del pueblo trabajador: gente que el favoritismo de una política odiosa los hizo llegar al *sitio*, teniendo en la Siberia mejor acogida que aquí sus repugnantes manejos.

¡Oh, el cólera! Causa espanto nombrarlo, cuando pretende llegar á nosotros, y no causan espanto esas otras enfermedades que tan malas son ó peor si cabe, que el cólera, enfermedades endémicas que España padece y que las estadísticas dan patente legítima de sus estragos: la anemia y la tuberculosis, esas son las que hoy arrastran á la tumba á mayores y pequeños en grandes cifras.

El cólera sería actualmente peligroso y nos atacaría con rudo empuje, porque nos encuentra débiles y famélicos por falta de alimentación sana y nutritiva; porque hallaría también á multitud de lugares, donde clavar

sus raíces, por encontrarlos de provistos totalmente de toda higiene, y en muchas aldeas y pueblos costaría grandes sacrificios ahuyentarle; su estancia sería devastadora, prolongada, como lo es en Rusia, constituyendo en la actualidad la enfermedad endémica del país, tan importante y peligrosa, que amenaza á la Europa entera.

Como decía antes, hay varios cóleras: uno es también el cólera negro, con sus envilecidos disparates lo contraria todo, hasta tal punto, que sus fatales predicaciones van contra toda idea preventiva y contra todo progreso humano; están en contraposición con las ciencias racionales y científicas.

Veamos como se expresan los obscurantistas:

«El cólera es mandado por Dios para castigo de los pueblos pecadores».

Y la ciencia racional afirma, que esas enfermedades son provocadas en nuestros cuerpos por pequeños seres microscópicos que provienen de lugares incultos, de cauces infectos ó de sitios abandonados, muchas veces de la guerra. Ellos agregan: que se debe ir á la iglesia á rezar y pedir á Dios nos libre del mal, ofreciéndoles ser humildes siervos de su iglesia; la higiene dice que antes de nada debe atenderse al aseo de la casa, desinfectando los caños y las pocilgas.

Dicen también esos padres católicos, que han de conformarse los pobres con la comida que tengan, aun cuando ésta sea escasa y poco alimenticia; los médicos recomiendan siempre abundantes alimentos para que seamos fuertes y evitar la propagación de esas enfermedades.

Así iremos dando á conocer la maldad del cólera negro, mucho peor que todos los conocidos, que lejos de despertar las inteligencias, conduce á la humanidad al más negro abismo de embrutecimiento y al fin de la muerte.

¡Pobre España! donde su organización sanitaria podía ser perfecta y estar indemne de las terribles plagas; pobre ella y sobradamente ricos los jesuitas y los partidarios del Balandro y del Foot ball, todos esos del gran mundo, que pónense á salvo en pocos minutos si un mal de esa índole atacase á España, y los que trabajamos y sufrimos, sucumbimos por haber sido indiferentes y esclavos.

No, que esto no suceda, hay que gritar muy alto, y sepan, antes que se desborden los odios, la pretensión humana de los trabajadores: pedimos trabajo, alimento é higiene.

Late aún en nuestros corazones la esperanza por que el gran ejército de proletarios siga el camino señalado y que le llevará á la cumbre, y una vez en ella desaparecerán todas esas epidemias que en este abominable régimen nos proporcionan los gobiernos y los frailes.

UN OBRERO